



Misa in Coena Domini

JUEVES SANTO

Concatedral de San Nicolás, Alicante, jueves 9 de abril de 2020

Queridos hermanos: el Evangelio de San Lucas, hablando de esta última cena de Jesús, recoge estas palabras del Señor: “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (Lc 22, 15). Es hermoso pensar el ansia, las ganas, la ilusión que Jesús tenía de estar con sus amigos. Él sabía que el final se acercaba, y quería compartir posiblemente esa cena, la última cena, viviendo su compañía porque iba a dejarles su gran regalo, iba a manifestarles también a ellos el testamento su última voluntad acerca de cómo vivir, de cómo ser sus amigos.

Hemos escuchado, en la segunda lectura, esas palabras de San Pablo que dicen que él mismo ha recibido esa tradición, de como en el marco de aquella cena Pascual Jesús, dentro del ritual judío de esa cena judía de la Pascua, hace el gran cambio, la gran novedad cuando tomando el pan, dice: “Esto es mi cuerpo que se entrega por nosotros” y cuando tomando el cáliz con el vino afirma: “Esta es mi sangre que se derrama por nosotros”. El Señor instituye la Eucaristía y también, al decir este texto “haced esto en memoria mía” y al encargar al grupo de sus discípulos, sus apóstoles, el reiterar, el revivir, el repetir sin fin el gesto que él realiza, instituye el Sacerdocio ministerial para siempre. La Eucaristía, el Sacerdocio son el gran regalo de Jesús en la última cena.

Que importante es que nosotros, esta noche, mirando, contemplando el regalo que es la Eucaristía, nos preguntemos hasta qué punto ahora mismo, estos días que no podemos estar presencialmente en los templos tantísimos de nosotros, celebrando la Eucaristía, el Jueves Santo, sintamos a través de los medios de comunicación, esa hambre de Jesús, esas ganas de recibirle, esas ganas de estar unidos a Él. En la Eucaristía se realiza muy de verdad esa imagen que Él también nos dijo: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; sin mí no podéis dar fruto”. Jesús es la fuente, el origen de nuestra vida y el pan

de la Eucaristía nos une a Él, ahora y para siempre. El que come de este pan vivirá para siempre, en el último día. Jesús, el Señor, se ha quedado en la Eucaristía.

Después de todo en tantos días que llevamos ya de confinamiento, y tanta gente cristiana buena que me estáis viendo y oyendo, que sufrís, que padecéis de no haber podido comulgar durante tantos días, recordad que ya tiene tradición en la iglesia la comunión espiritual para estar unidos al Señor. Vivamos cada Misa ansiando recibirle, queriendo estar unidos y recibiendo el fruto de ese misterio pascual que se realiza en cada Misa, que somos redimidos, perdonados, salvados por el cuerpo y la sangre de Jesús.

La Eucaristía, el amor, la valoración del sacramento de la Eucaristía en nuestra vida, alimenta la cercanía que además de llevarnos por el camino de la vida sostenidos por el Señor, unidos a él que es la prenda de la inmortalidad, que nos da fuerza para dar el salto a través de la muerte a la vida eterna.

En el Evangelio que hemos escuchado, San Juan coloca un momento entrañable dentro de esa Última Cena del Señor con los apóstoles. Llega un momento en que Jesús, lo acabamos de oír, coge una toalla, se arrodilla delante de ellos y se pone a lavarles los pies. Algo que hacían los siervos y los esclavos, y Jesús quiere en esa imagen expresar lo que había dicho: “el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino para servir y dar la vida por todos”. Se baja al máximo, se humilla, se hace siervo, lava los pies y luego dice: “Me llamáis maestro y Señor, y es verdad; pues si yo lo he hecho, vosotros hacedlo también los unos con los otros”.

Tantas cosas en el mundo nos dicen que seamos gente siempre exaltada, que el orgullo sea nuestra bandera. Cuando el momento que estamos viviendo, la pandemia que estamos sufriendo, por poco que uno tenga dos dedos de conocimiento cae en la cuenta de la fragilidad, de lo poquísima cosa que somos. Ahora estamos aquí, ¿quién sabe mañana? ¿Para qué tanto orgullo y tanta tontería? Curiosamente, en el marco de esta pandemia, el Papa Francisco, con esa sabiduría popular sencilla, precisamente hablando de esto nos ha dicho cosas muy interesantes. Sabéis que el tiene un escrito precioso hablando de la santidad, nuestra santidad de esta época. Y utiliza una imagen en la que uno se siente rodeado de esa gente normal, que son “los santos de la puerta de al lado”.

Estos días el papa Francisco ha dicho mirando a los médicos, enfermeros, religiosas, sacerdotes, personal sanitario... que está en la residencias, gente

que está trabajando jugándose el tipo y la vida, ha dicho el Papa Francisco mirando a esta gente que estos deberían de ser los grandes referentes para nuestra sociedad, también para la gente joven. Los santos de hoy, nos ha dicho el Papa: “Las grandes personas, los grandes tesoros de la humanidad, son la gente que como Jesús se inclinan para lavar y cuidar a nuestros enfermos, a nuestros ancianos, a la gente última, a la gente que vive en radical soledad”. Esos son los santos de hoy. Jesús, en la Última Cena, habló de esto, que hiciéramos esto. Por eso recordamos a todos aquellos, que a lo largo de esta pandemia, están gastando su vida como Jesús, entregándola, como significó el lavatorio de los pies aquella noche.

Vive para servir, dijo el Domingo de Ramos el papa Francisco en su predicación. Ojalá que por lo menos de este momento que estamos viviendo, saliéramos mejor; hombres y mujeres capaces de dar vida, amor, cariño y esperanza a los demás.

Esta noche santa del Jueves Santo, de la Última Cena de Jesús, de la Eucaristía, del lavatorio de los pies y del mensaje del amor fraterno y del servicio; Jesús, esta noche, termina marchando al huerto de los olivos. Siempre me ha impactado mucho el mensaje de la noche del Jueves Santo, ese Jesús que se enfrenta, en lo más profundo de su ser, con la pasión y con la cruz. Ese sudar sangre, esa humanidad que se revela pero que al final es la humildad del Hijo de Dios hecho hombre la que le dice que si al Padre, “hágase tu voluntad” (como María). Jesús, en su soledad, esta noche en la que sus amigos se duermen; sin compañía.

El cristianismo, desde hace siglos, ha tenido esta noche para rezar, para estar cerca del Monumento, donde guardábamos la Eucaristía. No es posible este año, pero Dios nos dará la dicha de poder ver y vivir el año que viene el Monumento, símbolo de acompañar a Jesús que se ha quedado en la Eucaristía, para estar de Él, porque le sentimos que quizás, por un día al año, Él es el que nos necesita sentirnos cerca. Sentir el calor, la oración, Jesús estoy contigo, no estás solo.

Queridos amigos, vivid profundamente, en el silencio de vuestra casa, igual que ahora vais a vivir la Última Cena, la Eucaristía. Que esta noche tengáis algún momento de pensar, de meditar, de acompañar al Señor. En casa podéis rezar magníficamente, en casa podéis vivir la Semana Santa magníficamente. Semana Santa sin apoyaturas externas, de oración seria,

profunda, llena de amor al Señor que el Jueves Santo se dio totalmente, antes del viernes, en la Eucaristía. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano

Obispo de Orihuela-Alicante